



Una vida normal y tranquila, un corazón indiferente ante los pecados, una mundanidad que roba la capacidad de ver el mal que se hace. El Papa Francisco, en la homilía de la misa en la Casa de Santa Marta, releía el pasaje tomado del segundo libro de Samuel, centrado en la figura del "santo rey David", que, deslizándose en una vida cómoda, olvida que fue elegido por Dios. David como tantos hombres de hoy, gente que parece buena, "que va a misa todos los domingos, que se llama a sí mismo cristiano" pero que ha perdido "la conciencia del pecado": uno de los males de nuestro tiempo, según dijo el Papa Pío XII.

El espíritu del mundo

En su homilía Francisco se detiene en los pecados de David: el censo de la gente y la historia de Uriya que hizo matar a su esposa Betsabé después de que la dejó embarazada. El elige el asesinato porque su plan para arreglar las cosas, después del adulterio, fracasa miserablemente. "David", dice el Papa, "continuó su vida normal. Silencio. Su corazón no se movió".

"Pero, ¿cómo el gran David, que es santo, que había hecho tantas cosas buenas, que estaba tan unido a Dios, pudo hacer eso? Eso no es algo que se hace de la noche a la mañana. El gran David, se deslizó lentamente. Hay pecados del momento: el pecado de la ira, un insulto, que no puedo controlar. Pero hay pecados en los que uno se desliza lentamente, con el espíritu de la mundanidad. Es el espíritu del mundo el que te lleva a hacer estas cosas como si fueran normales. Un asesinato...".

Deslizándose hacia el pecado

Poco a poco es un adverbio que el Papa repite a menudo en su homilía. Explica la forma en que el pecado se apodera lentamente del hombre aprovechando su comodidad. "Todos somos pecadores," continuó Francisco, "pero a veces pecamos en el momento. Me enfado, insulto. Entonces me arrepiento". A veces, en cambio, "nos dejamos llevar a un estado de vida en el que... parece normal". Lo normal, por ejemplo, es "no pagar a la criada como se debe pagar", o pagar la mitad de lo que se debe a los que trabajan en el campo.

"Pero parece que son buenas personas que hacen esto, que van a misa todos los

domingos, que se llaman a sí mismos cristianos. ¿Pero por qué haces esto? ¿Y otros pecados? Digo yo, porque has caído en un estado en el que has perdido la conciencia del pecado. Y ese es uno de los males de nuestro tiempo. Pío XII dijo: perder la conciencia del pecado”.

La bofetada de la vida

No son cosas antiguas, explica el Papa, recordando un reciente incidente en Argentina con unos jóvenes jugadores de rugby que mataron a un camarada en una pelea después de una noche de movida. Los chicos, dijo, se convirtieron en "una manada de lobos". Un hecho que abre interrogantes sobre la educación de los jóvenes, en la sociedad. Es necesario "tantas veces una bofetada de la vida" para parar, para detener ese lento deslizamiento hacia el pecado. Se necesita a alguien como el profeta Natán, enviado por Dios a David, para mostrarle su error.

“Pensemos un poco: ¿cuál es la atmósfera espiritual de mi vida? Soy cuidadoso, siempre necesito que alguien me diga la verdad, ¿no lo creo? ¿Escucho el reproche de algún amigo, el confesor, el marido, la mujer, los niños, que me ayuda un poco? Mirando esta historia de David - del Rey Santo David - preguntémonos: si un santo fue capaz de caer así, tengamos cuidado, hermanos y hermanas, también nos puede pasar a nosotros. Además, preguntémonos: ¿En qué atmósfera vivo? Que el Señor nos conceda la gracia de enviarnos siempre un profeta - puede ser el vecino, el hijo, la madre, el padre - que nos abofetee un poco cuando nos deslizamos en esta atmósfera donde todo parece ser legítimo”.